PERSONAJES
DESESPERADOS
Paula Fox
LAUREL

PERSONAJES DESESPERADOS

Paula Fox

Traducción de Rosa Pérez

Personajes_int_200810-print.indd 3 10-08-20 11:43

PRESENTACIÓN

La historia cuenta que Jonathan Franzen, mientras pasaba una temporada en la mítica colonia de escritores de Yaddo, en Saratoga Springs, descubrió *Personajes desesperados* en la gran biblioteca del lugar y decidió sacarla a la luz. Era el año 1991 y la novela de Paula Fox no había vuelto a pasar por la imprenta desde su publicación en 1971. Con la venia de Franzen volvió a la vida, fue muy bien recibida por la crítica y los lectores, y se convirtió en la obra de culto de una autora que por entonces, a sus setenta años, llevaba una vida tranquila en Brooklyn, Nueva York. Tras ese hallazgo volvieron a publicarse todas sus obras, no solo *Personajes desesperados* sino también sus colecciones de cuentos infantiles y sus otras novelas, la mayoría de corte autobiográfico e inspiradas en los innumerables hogares y abandonos por los que pasó en su niñez.

Todo hallazgo tiene una dosis de azar. Pero, de las decenas de libros que el autor de *Libertad* y *Las correcciones* debió haber ojeado en la biblioteca de Yaddo, sin duda encontró en esta novela desconocida algo particular e importante que la hizo sobresalir a sus ojos. *Personajes desesperados* es una novela intrigante. Sus protagonistas son un matrimonio de mediana edad que en apariencia lo tiene todo. Una pareja sofisticada, él abogado, ella traductora, que se viste con ropa de alta costura, vive en el barrio de moda en el Brooklyn de los años setenta y pasa los fines de semana en fiestas con artistas o intelectuales o en su casa de descanso en las afueras de Nueva York. Hasta que un gato de la calle irrumpe en sus vidas y desencadena un sinfín de miedos, una herida abierta hecha de incertidumbre, rabia y decepción.

Pronto la perplejidad abre el paso a la intolerancia y la culpa, alimentadas por una sensación de «desesperación cultural»

Personajes_int_200810-print.indd 5 10-08-20 11:43

que comparte su círculo de amistades, atemorizado ante los cambios sociales, ansioso por estar en onda o, como Sophie, adormilado e incapaz de tomar alguna decisión.

La duda y la negación son recurrentes en la obra de Paula Fox. En *Pobre George* (1966), su novela anterior, sobre un apacible profesor de escuela que lleva a vivir a su casa a un joven desamparado, recorren todo el libro, desde la ira de la esposa a la desestabilización en la sexualidad del marido.

El barco se está hundiendo pero Sophie lee en voz alta *Memorias de África* mientras Otto conduce fuera de la ciudad. No quieren ver la basura y los muros rayados en las calles. Qué casualidad que Sophie lea a Otto esa novela de Isak Dinesen sobre colinas verdes y sueños de independencia. La misma que en los años cuarenta Carson McCullers lee a su esposo Reeves cuando viajan desde Charleston a Fayetteville, de camino a la puesta de sol y al fin de su matrimonio. En *Memorias de África* McCullers encontraba esa mezcla de «consuelo y libertad» que

Yo también sucumbí a *Personajes desesperados* cuando la leí hace más de una década. Ahora la releo y vuelvo a enamorarme de esta historia desoladora, bella y real, de una de las pocas voces femeninas de esa generación a la que pertenecen Saul Bellow, John Updike y Philip Roth. *Personajes desesperados* es una novela sobre el amor y el dolor, sobre el engaño y el miedo; una obra que golpea como un portazo a medianoche, como el vaso de whisky que la madre de Paula Fox arrojó contra la pared y que su hija nunca olvidó, como una mordida de gato que deja una marca imborrable en la mano.

Soledad Rodillo
Julio de 2020

Personajes_int_200810-print.indd 6 10-08-20 11:43

UNO

El señor y la señora Bentwood movieron las sillas al mismo tiempo. Al sentarse, Otto miró la panera de mimbre con rebanadas de pan francés, la fuente de barro llena de panitas de pollo salteadas, el risotto a la milanesa en un cuenco verde de cerámica y los tomates pelados y cortados en una bandeja ovalada de porcelana que Sophie había encontrado en una tienda de antigüedades de Brooklyn Heights. Una luz fuerte, atenuada por el cristal coloreado de una lámpara Tiffany, bañaba las viandas. A poca distancia de la mesa del comedor, un manchón blanco y alargado, el reflejo del tubo fluorescente sobre el lavaplatos de acero inoxidable, se extendía por el suelo delante de la entrada a la cocina. Las antiguas puertas correderas que antes separaban los dos espacios del primer piso se habían retirado hacía tiempo, de manera que sólo volviéndose un poco los Bentwood alcanzaban a ver todo el living, donde a esa hora siempre había encendida una lámpara de pie con la tulipa en forma de media esfera blanca, y podían, si querían, contemplar el viejo suelo de madera de cedro, un librero con las obras completas de Goethe y dos estantes de poetas franceses, entre otros volúmenes, y el muy pulido canto de un secreter victoriano.

Otto desplegó despacio una gran servilleta de lino.

–El gato volvió –dijo Sophie.

–¿Te sorprende? ¿Qué esperabas?

Sophie miró la puerta de vidrio detrás de Otto. Daba a un pequeño porche de madera, suspendido sobre el patio de

Personajes_int_200810-print.indd 7 10-08-20 11:43

atrás como un nido de cuervos. El gato estaba restregando con suave insistencia su cuerpo sucio y escuálido contra la base de la puerta. Su pelaje gris, del gris de los hongos arbóreos, era ligeramente atigrado. Tenía la cabeza inmensa, como un zapallo, la mandíbula prominente, impúdica, grotesca.

–No lo mires –dijo Otto–. No tendrías que haberle dado de comer.

–Supongo que no.

–Tendríamos que llamar a la Protectora de Animales.

–Pobrecito.

–Se las arregla muy bien solo. Como todos esos gatos.

–Puede que su supervivencia dependa de gente como yo.

–Estas panitas están muy ricas –dijo él–. No veo qué importancia tiene que sobrevivan o no.

El gato se restregó contra la puerta.

–Ignóralo –dijo Otto–. ¿Quieres que todos los gatos callejeros de Brooklyn vengan a pedir comida aquí? ¡Piensa en cómo dejan el jardín! El otro día vi a uno cazar un pájaro. No son gatitos, ¿sabes? Son fieras.

–Fíjate en cuánto dura ahora la luz.

–Los días ya están más largos. Espero que esta gente no empiece a tocar sus dichosos bongós. A lo mejor llueve, como la primavera pasada.

–¿Querrás café?

–Té. La lluvia los obliga a quedarse en casa.

–La lluvia no está de tu lado, Otto.

Él sonrió.

–Sí que está.

Sophie no le sonrió. Cuando fue a la cocina, Otto se volvió rápidamente hacia la puerta. El gato embistió el vidrio con la cabeza.

–Qué feo eres, cabrón –dijo Otto en voz baja. El gato lo miró un momento y luego apartó los ojos.

Personajes_int_200810-print.indd 8 10-08-20 11:43

La casa tenía para Otto una solidez que llegaba a sentir como una mano firme sobre la parte baja de la espalda. Al otro lado del patio, más allá de los inquietos movimientos del gato, veía las ventanas traseras de las casas de la gente pobre. Algunas estaban tapadas con trapos claveteados, otras con plástico. Del alféizar de una de ellas colgaba una frazada azul. Tenía un largo desgarro en el centro, por el que Otto veía los desvaídos ladrillos rosados del muro. El extremo deshilachado rozaba el dintel de una puerta que se abrió justo cuando Otto iba a apartar la vista. Una gruesa anciana en bata salió al patio y vació una gran bolsa de papel en el suelo. Se quedó mirando la basura un momento y después volvió a entrar arrastrando los pies. Sophie volvió con las tazas y los platos.

–Me encontré con Bullin en la calle –dijo Otto–. Me dijo que ya vendieron otras dos casas.

Señaló hacia las casuchas con la mano. Por el rabillo del ojo vio saltar al gato, como si le hubiera ofrecido algo de comer.

–¿Qué pasa con las personas que viven ahí cuando las compran? ¿Adónde van? Siempre me hago esa pregunta.

–No sé. Hay demasiada gente en todas partes.

–¿Quién compró las casas?

–Un valiente pionero de Wall Street. Y la otra, creo que un pintor al que desalojaron de su loft en el Lower Broadway.

–No hace falta valentía, sólo plata al contado.

–El arroz está delicioso, Sophie.

–¡Mira! Se acurrucó en esa cornisa. ¿Cómo es posible que quepa en un espacio tan pequeño?

–Son como serpientes.

–Otto, voy a darle un poco de leche. Sé que no debería haberle dado de comer, pero ahora está aquí. En junio nos vamos a Flynders. Para cuando volvamos ya habrá encontrado a otra persona.

Personajes_int_200810-print.indd 9 10-08-20 11:43

–¿Pero por qué te empeñas? Lo haces por capricho. Mira, a ti te da igual siempre que no tengas que *ver* al gato medio muerto de hambre. Esa dichosa mujer acaba de tirar la basura ahí mismo. ¿Por qué no va el gato a comer allá?

–Me da igual por qué lo hago –dijo Sophie–. La cuestión es que *lo veo* muerto de hambre.

–¿A qué hora tenemos que estar donde los Holstein?

–Hacia las nueve –respondió ella, camino de la puerta con un platito de leche.

Tomó una llave chica desde un travesaño y la insertó en la cerradura, luego giró el picaporte de bronce. El gato maulló y de inmediato empezó a beberse la leche a lengüetazos. De las otras casas les llegaba el débil tintineo de platos y ollas, el rumor de televisores y radios, pero los ruidos eran tantos y tan diversos que costaba reconocerlos por separado.

El gato tenía la inmensa cabeza sobre el platillo de porcelana de Meissen. Sophie se agachó y le acarició el lomo, que se estremeció bajo sus dedos.

–¡Entra y cierra la puerta! –protestó Otto–. Se está enfriando la casa.

De pronto el quejumbroso gañido de un perro se abrió paso entre el murmullo reinante.

–¡Ay, Dios! ¿Qué le están haciendo a ese animal?

–Los católicos creen que los animales no tienen alma –dijo Sophie.

–Esa gente no es católica. ¿De qué hablas? Van todos a la iglesia pentecostal que está más arriba.

El gato había empezado a limpiarse los bigotes. Sophie volvió a acariciarle el lomo y le pasó los dedos hasta el peludo recodo donde el rabo se alzaba en vertical. El gato se arqueó violentamente para restregarse contra su mano. Ella sonrió, preguntándose con qué frecuencia o si alguna vez lo habían acariciado, y seguía sonriendo cuando el gato se

Personajes_int_200810-print.indd 10 10-08-20 11:43

puso en dos patas, y también cuando sacó las uñas y la atacó, hasta el mismo instante en que le hincó los dientes en el dorso de la mano izquierda y tiró con tanta fuerza que ella casi cayó hacia delante, atónita y horrorizada pero lo bastante consciente de la presencia de Otto para contener el grito cuando intentó retirar la mano de ese círculo de alambre de espino. Con la otra mano empujó y, cuando el sudor le impregnó la frente, cuando el dolor le atenazó la carne, dijo al gato «¡No, no, para!», como si este no hubiera hecho más que pedirle de comer. Y, pese al dolor y la turbación que sentía, le asombró oírse la voz tan serena. Entonces, de golpe, las garras la soltaron y el gato se retiró como si fuera a atacarla otra vez, pero se dio la vuelta como si volara y saltó del porche para perderse entre las sombras del jardín.

–¿Sophie? ¿Qué pasó?

–Nada. Voy a buscar el té.

Cerró la puerta y fue apurada a la cocina, siempre de espaldas a Otto. Le palpitaba el corazón. Probó respirar hondo para reducir el ruido sordo de sus latidos y se asombró por un instante de la vergüenza que sentía, como si la hubieran sorprendido en algún acto deleznable.

De pie junto al lavaplatos, apretando los puños, se dijo que no era nada. El largo arañazo en la base del pulgar apenas le sangraba, pero del mordisco salía sangre a borbotones. Abrió la llave del agua. Parecía que le hubiesen drenado las manos; las pequeñas manchas parecidas a pecas que le habían empezado a salir durante el invierno estaban amoratadas. Se apoyó contra el fregadero, preguntándose si iba a desmayarse. Luego se lavó las manos con jabón de cocina. Se lamió la piel, que tenía gusto a jabón y a sangre, y se cubrió el mordisco con toalla de papel.

Cuando volvió con el té, Otto estaba hojeando unos documentos legales dentro de unas carpetas azules. Alzó la vista

Personajes_int_200810-print.indd 11 10-08-20 11:43

y ella le sostuvo la mirada con aparente calma; luego dejó el té delante de él con la mano derecha y escondió la izquierda a un lado del cuerpo. Aun así, Otto parecía un poco desconcertado, como si hubiera oído un ruido que no sabía identificar. Para evitar cualquier pregunta Sophie se le adelantó ofreciéndole fruta. Él dijo que no y el momento pasó.

–Dejaste la puerta abierta. Tienes que cerrar con llave, Sophie, si no se abre sola.

Sophie volvió a cerrar y echó llave. A través del vidrio vio el platillo de leche. Ya tenía algunas motas de hollín. Ella había dejado de fumar en otoño, pero no parecía que sirviera de mucho. «No puedo volver a abrir», se dijo.

–Ya está –dijo Otto, y suspiró–. Por fin.

–¿Qué cosa?

–Sophie, pareces sorda. Ya no me haces caso. Charlie se fue hoy. A su nuevo bufete. Ni siquiera me había dicho que había encontrado un local hasta esta mañana. Dijo que quería que fuera una ruptura limpia. «Si necesito los expedientes, ¿puedo llamarte?» Eso dijo. Dando a entender, incluso con una pregunta tan simple, que yo puedo ser poco razonable.

Sophie se sentó, la mano izquierda en el regazo.

–Nunca me has hablado mucho del tema.

–No había mucho que decir. Este último año no hemos estado de acuerdo en nada, nada en absoluto. Si yo decía que iba a llover, Charlie se tiraba del labio y decía que no, que no iba a llover. Después de estudiarse a fondo los informes del clima consideraba que iba a hacer un día estupendo. Yo debería haber aprendido hace mucho tiempo que el carácter no cambia. Me había adaptado en todo lo que había podido.

–Llevan juntos mucho tiempo. ¿Por qué llegar a esta situación ahora?

–No me gusta la gente nueva con la que se relaciona, sus clientes. Mira, esto es lo que siempre ha pasado en el bufete:

Personajes_int_200810-print.indd 12 10-08-20 11:43

yo hacía el trabajo aburrido mientras Charlie se ponía sus sombreros raros y dejaba a todo el mundo babeando con su encanto personal. Su postura siempre ha sido negar que la ley es cualquier cosa menos un chiste irónico, y eso hace maravillas en un montón de gente.

–Va a ser difícil que nos veamos. ¿No crees que va a ser difícil? Ruth y yo nunca hemos sido íntimas, pero nos las arreglábamos. ¿Cómo dejas de ver a la gente así no más? ¿Y el barco?

–Dejas de verla no más, eso haces. Este invierno fue horrible. No tienes ni idea de la gente que había en la sala de espera. Un ejército de mendigos. Hoy me dijo que a algunos clientes les intimidaba la suntuosidad de la oficina, que van a estar más cómodos en la suya. Luego me dijo que me iba a marchitar, que me iba a hundir si, en sus palabras, no me conectaba con el mundo. ¡Dios! Lo hubieras oído, ¡ni que lo hubieran canonizado! Uno de sus clientes acusó a la recepcionista de racista por pedirle que usara el cenicero en vez de apagar la colilla en la alfombra. Y, hoy, le ayudaron a meter sus malditas cosas en cajas dos tipos que parecían espías de historieta. No, no vamos a vernos, y puede quedarse con el barco. Nunca me ha importado mucho. Más que nada ha sido una carga, en realidad.

Sophie hizo una mueca al sentir una punzada de dolor. Otto la miró con el ceño fruncido y ella notó que él interpretaba su gesto como si no le gustara lo que acababa de decir. Se lo explicaría ahora, ¿por qué no? El incidente con el gato era una tontería. Había pasado media hora y le asombraba el terror que había sentido, y la vergüenza.

–El gato me arañó.

Otto se levantó de inmediato y rodeó la mesa para acercarse a ella.

–Déjame verlo.

Personajes_int_200810-print.indd 13 10-08-20 11:43

Le enseñó la mano. Le dolía. Él se la tocó con delicadeza y puso cara de preocupación. A ella se le pasó por la cabeza que su compasión se debía a que el gato había justificado sus advertencias.

–¿Te lavaste la herida? ¿Te pusiste algo?

–Sí, sí –respondió ella con impaciencia, viendo cómo la sangre empapaba la toalla de papel y pensando que si la hemorragia cesaba ahora ese sería el fin de la historia.

–Bueno, lo siento, cariño. Pero no fue buena idea darle de comer.

–No, no fue buena idea.

–¿Te duele?

–Un poco. Como la picadura de un insecto.

–Estate un rato tranquila. Lee el diario.

Otto recogió la mesa, metió los platos en el lavavajillas, puso las menudencias que habían sobrado en un bol y dejó la olla en remojo. Mientras trabajaba lanzaba miradas a Sophie, que estaba sentada muy erguida, con el diario en el regazo. Se sorprendió de cuánto lo conmovía aquella inmovilidad, tan impropia de ella. Parecía que estuviera atenta a oír algún ruido, esperando.

Sentada en el living, Sophie tenía los ojos clavados en la primera página del diario. La mano había empezado a latirle. Es la mano nada más, se dijo, pero parecía afectarle el resto del cuerpo de una forma que no lograba entender. Era como si la hubieran herido de muerte.

Vino Otto.

–¿Qué te vas a poner? –preguntó en tono alegre.

–El vestido de Pucci, aunque creo que he engordado demasiado para que me quede bien –se levantó–. Otto, ¿por qué me mordió? Lo estaba acariciando.

–Creía que sólo te había arañado.

–Da igual, pero ¿por qué me atacó de esa forma?

Personajes_int_200810-print.indd 14 10-08-20 11:43

Caminaron hacia la escalera. La baranda de caoba relucía bajo la luz mantecosa de un globo victoriano de cristal esmerilado que colgaba del techo. Se habían tardado una semana en sacar la vieja pintura negra de la baranda. Fue lo primero que hicieron juntos después de comprar la casa.

–Porque es salvaje. Porque lo único que quería de ti era comida –Otto puso el pie en el primer peldaño y dijo, como si hablara solo–: Me va a ir mejor solo.

–Tú siempre has tenido tus propios clientes –dijo Sophie, malhumorada, cerrando y abriendo la mano lastimada–. No veo por qué no pueden seguir juntos.

–Tanto melodrama... No lo soporto. Y él no podía quedarse tranquilo. Si yo no estaba con él, estaba contra él. No digo que no sean casos justos. No digo que haya ninguna clase de justicia en el mundo. Pero conozco a Charlie. Está usando a esas personas y sus casos. No quiere quedarse fuera. Y yo sí quiero quedarme fuera. Oh..., ya era hora de que se terminara. Ya nos sacamos todo el jugo. La verdad es que ya no me cae bien.

–Me pregunto cómo se siente él.

–Como Paul Muni, defendiendo a los indeseables, a los que nadie quiere. Esos abogados no han existido nunca. ¿Te acuerdas? ¿Las películas de los años treinta? ¿Esos médicos y abogados jóvenes que se iban adonde el diablo perdió el poncho a instruir a los pueblerinos?

–¡Paul Muni! Charlie tiene razón. Eres de otro siglo.

–Eso es cierto.

–¡Pero Charlie no es mala persona!

–Yo no he dicho que lo sea. Es irresponsable, vanidoso y un histérico. Ser mala persona no tiene nada que ver con eso.

–¡Irresponsable! ¿Qué quieres decir con ser un irresponsable?

–Cállate –dijo Otto, y la abrazó.

–¡Cuidado! Voy a mancharte con sangre.

Personajes_int_200810-print.indd 15 10-08-20 11:43